

EL SESQUICENTENARIO DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MÉDICAS, FÍSICAS Y NATURALES DE LA HABANA¹

Pedro M. Pruna Goodgall



Rafael: *La Academia de Atenas*. En el centro de la composición –Platón y Aristóteles.

No sabemos, en realidad, si alguno de los fundadores de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, reunidos el 19 de mayo de 1861, tenía en mente la larga historia de las academias. Es posible que alguno pensara en la primera entidad que llevó ese nombre, la Academia de Platón, allá por el siglo IV a.n.e., cuyas dos principales figuras, Platón y Aristóteles, dieron origen a dos tradiciones filosóficas diferentes y hasta contrapuestas. La tradición aristotélica dio lugar –durante la Baja Edad Media– a una importante tendencia escolástica, y en cierta medida se le contrapuso, más adelante una tendencia llamada platónica, introducida desde Bizancio, que se reflejó en otra academia, fundada en el siglo XV en Florencia, una especie de tertulia cuyos miembros más significativos no se dedicaban realmente a las ciencias, sino propugnaban doctrinas de carácter místico y mágico, algo similares, salvando la diferencia de época y cultura, a las que hoy propaga el movimiento de la Nueva Era (New Age).

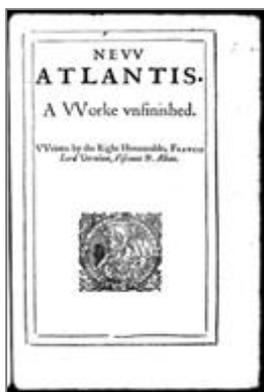


Escudo de la Accademia dei Lincei (Academia de los Linceos, alusión a la “agudeza de visión” que debían tener sus miembros). Fundada por Federico Cesi en Roma, en 1603, ya hacia los años treinta del siglo XVII entró en decadencia hasta desaparecer. Fue restablecida en varias ocasiones en el siglo XVIII. En 1847 fue restaurada como Academia Pontificia de los Nuevos Linceos, pero en 1874 el gobierno italiano la refundó como institución laica. Sigue existiendo en la actualidad con el mismo nombre. Comprende tanto las ciencias exactas y naturales como las humanidades (o “ciencias morales”).

En realidad, la primera academia de ciencias, en un sentido próximo al moderno, fue la Accademia dei Lincei, a la cual perteneció Galileo Galilei. Estaba dedicada a la observación y el experimento físicos. Desapareció, fue restaurada en varias ocasiones, y todavía existe bajo este nombre. A ella perteneció, ya en el siglo XIX, el fundador de la Real Academia habanera, Nicolás José Gutiérrez. La segunda academia de ciencias fue la Accademia del

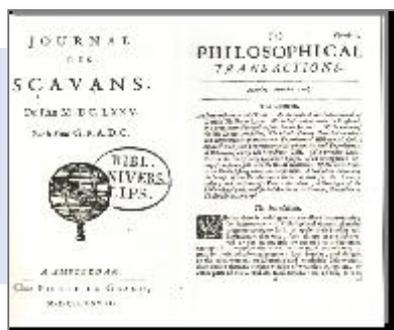
¹ Conferencia pronunciada por Pedro M. Pruna Goodgall en el Pleno Conmemorativo de la Academia de Ciencias de Cuba, celebrado el 16 de mayo de 2011, en el anfiteatro del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología.

Cimento, creada en Florencia en 1657 por discípulos de Galileo. Existió sólo diez años, pero tuvo aún mayor influencia en Europa que su predecesora.



La Nueva Atlántida, de Francis Bacon, cubierta de la edición de 1628

Bajo el influjo de las ideas del Renacimiento, que vinieron originalmente de Florencia, Venecia y Roma, se fundaron las dos academias de ciencias que han resultado ser, en buena medida, el paradigma seguido por otras hasta la actualidad. Se trata de la Real Sociedad de Londres (fundada en 1660) y la Real Academia de Ciencias de París (establecida en 1666). Ambas instituciones se crearon a partir de círculos de discusión científica existentes previamente. En el caso de la Real Sociedad de Londres, en su creación influyó, curiosamente, la idea de una institución dedicada sólo al conocimiento y que forma parte del resurgimiento de la vieja leyenda platónica de la Atlántida reflejada en la *Nueva Atlántida*, la famosa obra de Francis Bacon, publicada originalmente en 1624. Por cierto, durante el período previo a la fundación de ambas academias tuvo lugar un activo intercambio de visitas de científicos entre París y Londres, intercambio que se mantendría hasta los comienzos de la Revolución Francesa y que tuvo mucho que ver con los inicios de la Ilustración.



El *Journal des Savants* (así se escribe en la actualidad, se imprimió durante algún tiempo en Amsterdam) y los *Philosophical Transactions* fueron las dos primeras revistas científicas producidas regularmente. Reflejaban el trabajo de la academia de París y de la de Londres, respectivamente.

Existían similitudes entre estas academias, la de París y la de Londres. Por ejemplo, ambas publicaron revistas que pasaron a ser las principales del mundillo científico europeo y en sus locales se hacían demostraciones experimentales públicas, que constituían verdaderos espectáculos. Entre ellas hubo, no obstante, algunas diferencias notables. La de París, por ejemplo, sólo recibió sus estatutos, aprobados por el rey, 33 años después de fundada, pero se estableció en un espacio del palacio del Louvre, sus miembros eran nombrados por el rey y siempre fue financiada por el estado y apoyada desde sus inicios por Luis XIV. La de Londres surgió como institución privada, con un local en un colegio universitario; se le otorgó un título regio honorífico, que no implicaba una subvención estatal, y los miembros eran electos y –durante años– tuvieron que sostener la institución con sus aportes personales.

Estas dos academias de ciencias –sobre todo la francesa– sirvieron de inspiración, como dije anteriormente, al resto de las academias que se crearon

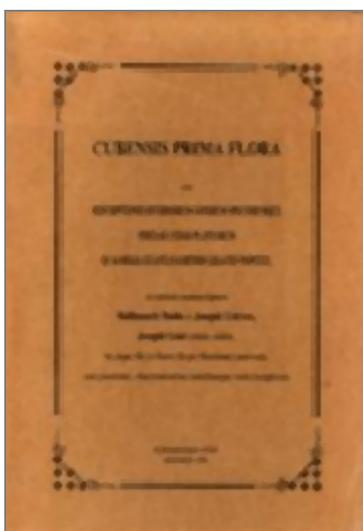
posteriormente, en particular desde el siglo XVIII, en prácticamente todos los países de Europa. En España –sin embargo– la correspondiente academia se creó tardíamente, en 1834, bajo el nombre de Academia de Ciencias Naturales, que trocó, en 1847, por el de Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, bajo el cual existe hasta nuestros días.

En muchos países la medicina se segregó tempranamente en una academia aparte. Tal fue el caso de Francia, donde en 1731 se crea la Real Academia de Cirugía y en 1776 la Real Sociedad de Medicina. En España se creó, en 1734 la Real Academia Médica Matritense, cuya heredera fue, desde abril de 1861, la Academia Nacional de Medicina.



Nicolás José Gutiérrez Hernández (1800-1890). Destacado cirujano. Promovió durante 35 años la creación de la academia habanera, de la cual fue presidente desde 1861 hasta su fallecimiento. Se distinguió por su defensa de los principios y valores que debían inspirar a la profesión médica. Fue miembro de varias academias extranjeras, entre ellas la *Accademia dei Lincei*, de Roma.

En La Habana, los esfuerzos originales fueron, precisamente, por fundar – primero– una sociedad médica en 1823, y ya en 1826 por crear una academia de medicina. En ambos casos la iniciativa procedió de Nicolás José Gutiérrez Hernández. El proyecto de 1826 fue respaldado por Tomás Romay, figura principal de la medicina cubana a fines del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. También obtuvo el apoyo de otros personajes distinguidos de la época, notablemente de José de la Luz y Caballero, quien le recordó a Nicolás José que las ciencias de la naturaleza debían formar parte de la nueva academia. La academia médica matritense tenía una sección de estas “ciencias auxiliares de la medicina” desde su fundación en 1734. Otro personaje que se manifestó a favor del proyecto fue el gallego Ramón de la Sagra, quien ya por entonces dirigía el Jardín Botánico de La Habana. Aunque con cierta reticencia al principio, el primer químico cubano y coautor de la primera Flora de Cuba, José Estévez Cantal (1771-1841) también firmó la correspondiente solicitud.



El primer catálogo de plantas cubanas, elaborado inicialmente por Baltasar Boldo, botánico de la Expedición del Conde de Mopox a fines del siglo XVIII, y completado por el médico y químico habanero José Estévez Cantal, fue conocido, en manuscrito, por José Antonio Saco, pero permaneció depositado en España hasta su publicación allí en 1990.

Las academias eran, sin duda, instituciones que daban prestigio a países y ciudades. Pero, en España, un real decreto de agosto de 1830 limitó el número de academias médicas a las diez ya establecidas en diferentes ciudades de la Península. Ello constituyó un verdadero obstáculo a la fundación de una academia de medicina en La Habana. Por si fuera poco, una real cédula del año siguiente subordinaba las academias médicas a la correspondiente Junta Superior Gubernativa, no directamente al gobierno, limitaba muchas de sus funciones y les atribuía otras, de carácter docente, que no eran propias de este tipo de institución. Obviamente, Nicolás José Gutiérrez y quienes lo acompañaban en el propósito fundacional que lo inspiraba no deseaban crear una entidad con funciones tan limitadas e inapropiadas como las que establecía esta disposición.

Desde fines de 1854 y hasta mediados de 1855 tiene lugar, sin embargo, un hecho que va a abonar el terreno a favor de la creación de una academia médica. Se aplica masivamente en La Habana, por iniciativa de un personaje de dudosa identidad, una presunta vacuna contra la fiebre amarilla, supuestamente basada en un suero proveniente de la mordedura de una serpiente venenosa. Esta “vacuna viperina”, como me gusta llamarla, parece haber causado, en definitiva, más muertes entre los enfermos inoculados que entre los que no lo fueron, lo cual hizo que el gobernador de la isla, quien había propiciado todo este programa de vacunaciones, tendiera a ocultar su error, algo que le resultaría muy difícil, puesto que había invitado a médicos extranjeros, franceses, a presenciar estos procedimientos, que abarcaron a miles de personas. El gobernador en cuestión, José Gutiérrez de la Concha, decidió apoyar la creación de una academia médica en La Habana, que pudiese en adelante asesorar al gobierno de la isla, teniendo en mente, quizás, evitar la repetición del reciente y descomunal fiasco. Uno de los principales oponentes de la vacuna viperina había sido precisamente Nicolás José Gutiérrez Hernández, el principal promotor de la fundación de la academia.

En definitiva, el proyecto de fundación contó con el importante apoyo de tres generales que fueron gobernadores de Cuba y pacientes de Nicolás José Gutiérrez. Ellos fueron el referido Concha, Leopoldo O'Donnell, de triste memoria en nuestro país, pero que había pasado a ser el virtual dictador de España, y su asociado, Francisco Serrano, gobernador de Cuba desde 1860. O'Donnell calzó con su firma el decreto de la reina Isabel II de España que estableció la academia habanera.

Al recordar a estos agradecidos pacientes de Nicolás José, no debemos olvidar –sin embargo– que el fundador de la Academia no sólo había sido escogido por Tomás Romay para sucederlo como figura principal de la comunidad médica habanera, sino que había tenido un intenso entrenamiento en los principales hospitales parisinos durante unos dos años. Gutiérrez fue el primero en practicar en Cuba grandes operaciones quirúrgicas, también fue el introductor del estetoscopio y de las técnicas de auscultación, desarrolladas en Francia. Gutiérrez era, además, un hombre ilustrado, que gustaba de la literatura y la música, y que se interesaba en estudios de historia natural, en especial de peces y moluscos. No era, en pocas palabras, un simple médico de provincias, sino un médico muy capaz, con visión cosmopolita.



Recreación pictórica del grupo de miembros fundadores de la academia habanera. En el centro aparece el presidente Nicolás José Gutiérrez. A su derecha, con un pliego en las manos, Ramón Zambrana Valdés, el secretario, seguido por su vice, José Francisco Ruz Amores y por Felipe Poey Aloy, quien apunta con su mano hacia su hijo, Andrés Poey Aguirre. A la izquierda de Gutiérrez (y sentado como él) está el vicepresidente José Atanasio Valdés, en el espaldar de cuya silla se apoya Álvaro Reynoso Valdés.

La manera que se halló para obviar los escollos burocráticos de la legislación española, y a la vez atender a la recomendación de Luz y Caballero, amigo personal de Nicolás José Gutiérrez, de incluir en la academia otras ciencias y no sólo las médicas, fue la de establecer una academia mixta, de ciencias y de medicina. Así surgió la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana.

La creación de esta academia venía a satisfacer en alguna medida no sólo determinadas aspiraciones personales de los miembros de la comunidad médica habanera, y de los farmacéuticos, naturalistas e ingenieros asociados a ella, sino que reflejaba una clara percepción de lo que representaba para la incipiente nacionalidad cubana el reconocimiento de la existencia oficial de una entidad científica capaz de asesorar en la toma de decisiones que podían ser trascendentales para el país. Vale la pena recordar al respecto la afirmación de Nicolás José Gutiérrez de que

*“Siquiera no fuese más que por orgullo nacional,
debiera hacérsele entender a los forasteros y extranjeros principalmente,
que no nos ocupamos sólo en hacer azúcar y cosechar tabaco,
sino que cultivamos también las ciencias.”*

Tal afirmación nos indica, además, que Gutiérrez, junto a otros miembros fundadores de la Academia, veía las ciencias como un elemento cultural alternativo al puro interés mercantil. Y son muchas las ocasiones en que tanto él como otros muchos miembros de la institución se manifestaron a favor de sostener valores ajenos al simple lucro que el ejercicio privado de la profesión podía ofrecer. Tal prédica no estaba muy alejada de la concepción, que ya entonces se gestaba, de que una ciencia sin valores humanos no es ciencia, uno de los elementos que vendría a formar parte de lo que se ha dado en llamar “el ethos clásico de la ciencia”, gracias al cual algunos de estos valores se integran al método científico mismo y contribuyen a avalar su legitimidad.

La academia habanera tuvo que tratar un sinnúmero de cuestiones de muy diversos matices, como se aprecia (en la tabla siguiente) de lo publicado en los Anales de la institución. Ello era especialmente cierto en cuestiones

relacionadas con la medicina forense y la higiene local. Al examinarlas había que tratar de mantener un discurso de altura, una percepción de los problemas que se apartara de lo pedestre y fuese a lo esencial. Ello no siempre se consiguió, pero muchos de los miembros comprendían que la dignidad y el prestigio de la “corporación”, como se llamaba frecuentemente a la Academia, dependían precisamente de la capacidad para distinguir lo verdaderamente importante y necesario, de lo subordinado y contingente. De ahí la importancia que tenía la discusión más amplia posible de las cuestiones de su incumbencia. Sólo así se podía llegar a un consenso elaborado y significativo.

Unidades informativas (U.I., es decir, artículos, notas, informes) y debates publicados en los Anales de la Real Academia habanera entre 1864 y 1898

Temas generales	U.I.	%	Debates	%
Medicina (incluyendo cirugía y veterinaria)	2167	47,58	313	69,09
Academia de Ciencias (vida interna)	1350	29,68	8	1,77
Historia Natural (zoología, botánica, geología)	251	5,44	28	6,18
Física (incluye meteorología)	188	4,12	2	0,44
Farmacia (medicamentos)	144	3,16	27	5,96
Agricultura, ganadería, pesca	132	2,88	28	6,18
Ingeniería (civil, industrial y del transporte)	103	2,22	20	4,42
Ciencia en general	80	1,75	6	1,32
Química (cuestiones generales y análisis)	62	1,36	10	2,21
Servicios comunales (agua, desagües, etc.)	45	0,98	9	1,99
Otros	24	0,83	2	0,44
Total	4546	100,00	453	100,00

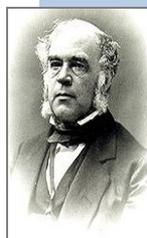
Especialidad	Numerarios	De mérito
Medicina	85	9
Farmacia	23	-
Cirugía	17	8
Historia Natural	13	4
Ingeniería	12	1
Veterinaria	8	-
Humanidades	5	8
Química	4	1
Arquitectura	3	-
Física	2	2

Especialidades de los 172 miembros numerarios y los 33 de mérito que tuvo la Academia entre 1861 y 1898

Para tratar adecuadamente las cuestiones que se le encomendaban, en 1867 la Academia elevó el número de sus miembros de 30 a 50. En la tabla aparece el número total de miembros numerarios y de mérito, de acuerdo con su especialidad.

Por otra parte, la Academia, cuyos miembros de número debían residir en La Habana, tenía un buen número de miembros corresponsales en el interior del país así como en el extranjero (como se ve en la tabla debajo). Algunos de estos corresponsales eran cubanos que residían en otros países, pero hubo varias personalidades científicas que solicitaron pertenecer como

corresponsales a la institución, entre ellos se puede mencionar a John William Draper, residente en Nueva York, quien fuera uno de los creadores de la microfotografía. Draper, por cierto, presidió la sesión de la Asociación Británica para el Avance de la Ciencia donde se produjo el famoso debate entre Thomas Huxley y el obispo Wilberforce, en torno al tema de la evolución. Otro corresponsal famoso fue Gastón Planté, quien vivía en París.



John William Draper (1811-1882), nacido en Inglaterra, residió y trabajó en los Estados Unidos. Hizo aportes sustanciales a la fotoquímica. Autor del conocido texto *Historia del conflicto entre ciencia y religión* (1874)



Gastón Planté (1834-1889), físico francés, inventor del acumulador o batería ácida con electrodos de plomo, que todavía se utiliza en los automóviles.

País y ciudad	Corresp.	País y ciudad	Corresp.
CUBA Total	24	EE.UU. Total	13
Matanzas	9	Nueva York	8
Cienfuegos	3	Nueva Orleans	2
Santiago	3	Filadelfia	2
Otras	9	Indeterminada	1
ESPAÑA Total	21	FRANCIA	6
Madrid	9	MÉXICO	2
Barcelona	4	VENEZUELA	2
Cádiz	3	PUERTO RICO	1
Otras	5		

Entre los temas médicos debatidos en la Academia, los relacionados con la fiebre amarilla y el cólera recibieron una atención preferencial, y ello complementó, de alguna manera, la obra de Francisco de Albear, constructor de un monumental acueducto, y la de Carlos J. Finlay, por citar sólo dos casos.



Carlos Juan Finlay Barres (1833-1915) Estudió medicina en Filadelfia y en París. Miembro de número (1872) y de mérito (1895) de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, de la cual también fue Secretario de Correspondencia (es decir, de relaciones exteriores) durante 14 años. Se dedicó a investigar la etiología de la fiebre amarilla, y elaboró al respecto una novedosa concepción epidemiológica, así como recomendaciones válidas para el control de esta enfermedad.

En el caso de Finlay, su teoría del contagio indirecto por medio de un vector o “agente intermediario” estuvo inspirada, como él mismo explicara, en un fenómeno de la fitopatología, que él parece haber relacionado con una importante discusión en este campo que tuvo lugar en la Academia: el debate en torno a la enfermedad de los cocoteros. Su hipótesis del mosquito como agente transmisor de la fiebre amarilla fue auxiliada por la información que sobre los mosquitos le pudo suministrar Felipe Poey, y por la lectura de algunos trabajos entomológicos; su recomendación de eliminar las larvas de los

mosquitos se basó en la anatomía y los hábitos de este insecto. Por su parte, la fabricación de un nuevo acueducto, diseñado y construido por el académico Francisco de Albear, fue vista, a partir de los años setenta al menos, como una vía para luchar contra la transmisión de enfermedades por el agua. Ello se refería, en especial, al cólera. El primero en referirse, en Cuba, a la importancia del agua en la transmisión de los gérmenes de esta enfermedad fue precisamente Carlos Finlay, en trabajos que presentó en el seno de la Academia.

Pero, aparte de estos y muchos otros aportes, la institución tuvo que luchar contra la proliferación de medicamentos de dudosa composición y efectividad, lo cual condujo, en ocasiones, a conflictos no sólo con los dueños de farmacias, sino con las autoridades coloniales.

En otro plano, por medio fundamentalmente de los trabajos de ingreso, pero también de algunas conferencias, se introdujo el conocimiento de cuestiones teóricas de singular importancia en la ciencia europea de entonces, como la teoría de la evolución o el principio de la unidad de la materia.

A lo anterior debe añadirse que la Academia, a pesar de su heterogénea composición política, pues albergaba desde independentistas hasta integristas, sobrevivió la última etapa del período colonial manteniendo una postura digna ante las presiones a que fue a veces sometida por las autoridades coloniales. De ahí que Enrique José Varona, aparte de concebirla como “la mayor suma de cultura, la mayor suma de saber que hasta entonces había producido nuestra patria”, considerase que también había contribuido a lo que él llamaba la “obra común” de la nación cubana.



*Presentado: 5 de mayo de 2011
Aprobado para publicación: 18 de diciembre de 2011*